

Lázaro de Tormes y los "godos"

Manuel Ferrer-Chivite
University College, Dublin

Comenzaré, para que mejor se entienda lo que sigue, por un breve resumen de la tesis que mucho más extensamente he expuesto en un trabajo recientemente publicado en la *NRFH*.¹

Lázaro de Tormes inicia su confesión diciéndonos: "Pues sepa vuestra merced [...] que a mi llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tome Gonzales y de Antona Perez ..." (*sub, mío*) usando una construcción sintácticamente anómala al omitir el correspondiente pronombre indirecto *me*; más anómala al observarse que poco después dirá de sí mismo: "con verdad *me* puedo decir nacido en el río ...," y hablando de su padrastró: "... Zaide que así *se* llamaba ..." Cuando la crítica ha notado esa presentación ha sido para suponer que la misma es una imitación paródica del Amadís que confiesa: "A mi llaman el Donzel del Mar;"² ocurre, sin embargo, que Amadís usa esa omisión cuando menciona el apodo que llevará al iniciar su carrera caballeresca, apodo que, como sabemos, abandonará cuando tras sus aventuras y hazañas sea digno de su personalidad y prosapia, reconquistando con ello tanto su original nombre como su linaje al que se incorporará definitivamente.

Lo contrario sucede con Lázaro; es al final de su peripecia vital, después de contárnosla, cuando dice: "a mi llaman Lázaro de Tormes;" la experiencia vital se ha invertido y es después de sus "fortunas y adversidades" cuando este personaje, que debiera llamarse Lázaro Gonzales Perez – y buen cuidado pone en citar los apellidos de sus padres –, se ha visto despojado de su original nombre, ha adquirido un sobrenombre nuevo, desarraigándose, así, de su anterior linaje y genealogía. Ese Gonzales Perez muestra clara conciencia de la pérdida de sus patronímicos y con ello de la progeñe a que pertenecía; testimonio de ese proceso es que cinco veces usará el nombre por el que tanto nosotros como sus co-protagonistas le conocemos para referirse a sí mismo, y en todas ellas lo presentará en tercera persona, sin excepción, como perteneciente a alguien, de algún modo, ajeno a sí mismo.³ Este original Gonzales Perez sabe, pues, que ese nombre Lázaro de Tormes no es radicalmente el suyo, que el mismo le ha sido impuesto por el grupo social en que se ha visto arrojado y que por él le ha sido otorgado solamente tras haber cumplido un forzado proceso de adaptación, el que nos relata en su autobiografía; de ahí que sólo aparezca nombrado en su totalidad – como tal Lázaro de Tormes – al final de ese proceso, en el séptimo tratado.⁴

Así, esa autobiografía de Gonzales Perez – Lázaro de Tormes final, insisto, para sus co-protagonistas – viene a ser la elaboración literaria de un proceso real histórico que se dio tras el decreto de expulsión de 1492: el de miles de judíos que obligados a con-

vertirse al cristianismo tuvieron que renunciar a sus originales estirpes viéndose obligados a adoptar las nuevas identidades onomásticas que mediante el rito bautismal, y con él, les impuso una distinta comunidad castiza; rito bautismal que simbólicamente está perfectamente sintetizado en las aguas lustrales del Tormes, río del que ese Lázaro ha re-nacido y que le dará el definitivo sobrenombre y última personalidad con que acaba

Partiendo de estos supuestos se puede ver la génesis textual de ese proceso y de esa personalidad última.

Ya en la génesis particular de todos los personajes hay una diferencia entre la de G. P. y el resto, y para entenderla hay que partir de un episodio crucial en la vida de G. P.: la calabazada contra "el diablo del toro." A raíz de ella, nos dirá: "Desperté de la simpleza en que como niño dormido estaba ..." para asegurarnos, luego, que "... este (el ciego) me dio la vida ...".

Con ese nacer a una nueva vida se nos propone una inicial división de carácter vertical: esa calabazada es la tajante divisoria entre dos períodos de la vida de G. P. Uno, el de su vida inicial, anterior, en el seno de su familia, dentro de su linaje, plenamente Gonzales Perez; y un segundo, el de una posterior, nueva y distinta, fuera ya de su casta, en una comunidad en que ya se ve desconocido como tal Gonzales Perez y se sabe despojado de esos apellidos; es decir, una vida de anónimo para su fuero interno.

Ahora bien, considerados todos los personajes que el autor ha creado, esa división vertical es sólo válida para G. P.; sólo de él sabemos que se ha encontrado en su vida a ambos lados de la divisoria; de los demás, unos – sus padres, Zaide, el Comendador de la Magdalena, etc. – aparecen a un lado de la misma; otros, desde el ciego hasta el Arcipreste, en el otro; mientras que sólo para G. P. se opera ese salto axial nada se nos dice de que lo mismo haya ocurrido al resto.

Y también G. P. se distinguirá de ese resto por la transformación que sufre, *id est*, el proceso que le capacitará para incorporarse plenamente a su nueva y última vida. Si para su principal personaje el autor nos plantea la metamorfosis de un inicial G. P. que acabará en un Lázaro de Tormes, no es igual con los otros; cuando crea a sus padres, a Zaide, al ciego, etc., los crea como tales sin informarnos de variación alguna radical en sus vidas y personalidades; de G. P. sabemos el proceso evolutivo; de los otros, pertenezcan éstos a la primera comunidad de G. P. o a la segunda, no; nada se nos quiere decir de cómo han llegado a ser lo que son y cuando los conocemos están ya definitivamente instalados en la comunidad que les corresponde, sea ésta cual sea; pero lo cierto es que, aunque ese avieso autor nada quiera decirnos de ello, hemos de aceptar que han tenido que sufrir un necesario proceso de adaptación para insertarse en su correspondiente grupo social y ello frente a G. P. del que sí que lo conocemos; y siguiendo las discrepancias, de este último muy poco sabremos de su vida y actuación dentro de su nueva comunidad y después de haberse incorporado a ella definitivamente como Lázaro de Tormes, o, como mucho, lo escasamente necesario para enterarnos de que ya está capacitado para desenvolverse en la misma, como se deduce de que en cuanto se encuentra "en la cumbre de toda buena fortuna" – climax de esa instalación – con esas palabras terminará su relato cerrándolo; con lo que

tenemos que, intratextualmente, ese G. P. ya Lázaro de Tormes acaba exactamente donde los otros han comenzado, al menos para nosotros los lectores.

De dos distintas comunidades, las separadas por la divisoria vertical de G. P., vengo hablando, y conviene ahora detenerse en ésto con más detalle.

Si la calabazada ha originado un cambio de rumbo en la vida de G. P., otro cambio se habrá dado antes para este niño con motivo de una personal decisión materna:

"Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos por ser uno dellos, y vino a vivir a la ciudad ..."

Antona Perez, vista su menesterosa situación, abandonará la aldea de Tejares para venirse a Salamanca, esa Salamanca de los "buenos;" como, evidentemente, ni ella ni su hijo pertenecen a ese grupo urbano, a esos "buenos" a que se arriman, mediante la decisión de Antona nos encontramos con que el autor plantea una discriminación social dentro de esa comunidad de la Salamanca a que ambos se incorporan: la de los "buenos" – sean éstos quienes sean – y los que no lo son, y con ello, a su vez, algo más; esa comunidad salmantina en la que G. P. ingresa corresponde cronológicamente al período infantil de su vida, al de su primera de acuerdo con la división vertical propuesta, y así se da que si la calabazada determina para la vida de G. P. una división vertical, asimismo la decisión de su madre representa dentro de esa primera ida otra división, ésta de carácter horizontal y dentro de la cual el G. P. niño se encuentra en la sección inferior: la de los "malos", digamos, por oposición a la definición de "buenos." Ahora bien, si la división vertical afectaba a G. P. y solamente a él, esta segunda horizontal es aplicable por igual a todos y cada uno de los personajes de la obra; si el crítico cambio de una vida a otra sólo concierne a G. P., por el contrario, todos los protagonistas, incluido él, por supuesto, se encuentran necesariamente a un lado u otro de tal división horizontal; todos se ven insertos ya sea entre los "buenos", ya sea entre los "malos." Recordando la decisión de Antona y de donde ella procede, resulta que esos "buenos" – o, mejor, estrato superior, para entendernos – son los urbanos salmantinos, los que no provienen de Tejares, siendo, así, dicha Antona y su hijo los únicos miembros del estrato inferior.

Hecha extensiva la división horizontal a la segunda vida de G. P. y teniendo en cuenta que éste, como al final nos dice, también ha determinado arrimarse a los "buenos" – determinación que es, precisamente, la que se va gestando a lo largo de su evolución personal y que finalmente coronará con éxito – se puede presentar en principio un diagrama inicial de la peripecia vital de G. P.

Decisión Antona	Diagrama <i>inicial</i> del proceso vital de G. P. Vida primera Vida segunda calabazada		L. de T.
	Comendador, Mayordomo, etc. Urbanos	Amos ----- Arcipreste ----- "buenos" -----	
	Familia de G. P. y G. P. Aldeanos "malos"	G. P. -----	

Y digo en principio porque este diagrama inicial habrá de ser reformado más adelante ya que si lo aceptamos como definitivo nos veremos obligados a aceptar la inclusión de Zaide entre esos "buenos" como cierto crítico ha hecho arrastrado por una lógica a primera vista concluyente.⁵

Porque ocurre, no obstante esa lógica, que este Zaide posee una característica que le diferencia claramente de sus otros co-protagonistas urbanos, es decir, su condición de delincuente públicamente reconocido, criterio éste de crucial importancia.

Aplicando este criterio a la totalidad de los protagonistas se comprueba que de todos ellos sólo tres se nos aparecen como delincuentes confesos y reconocidos: Tome Gonzales, ladrón desterrado por ello; Zaide, ladrón también y consecuentemente azotado y pringado y, por fin, Antona a la que por barragana del último se le infamará con "el acostumbrado centenario;" solamente estos tres serán los que como delincuentes sufran humillaciones y vergüenza públicas; de los demás o no nos enteramos de que hayan cometido delitos o, si los han cometido – y esto es lo decisivo – no han sido públicamente reconocidos por y a los ojos de sus co-protagonistas. No obstante, nosotros los lectores sabemos que si ladrones son Tome Gonzales y Zaide no lo son menos el clérigo y el fraile de los que G. P. nos dirá, comentando los hurtos del moreno: "No nos maravillemos de un clérigo o un fraile, porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas...," y si barragana y amañebada está Antona, no menos barragana y aún adúltera es la mujer de Lázaro y, claro está, el Arcipreste, y sí, por fin, culpables e ilícitas han sido las actividades de los familiares de G. P. culpables e ilícitas son, por ejemplo, las del ciego, el fraile de la Merced y el buldero.

Pero contra lo acaecido a los familiares de G. P. a ninguno de los demás – esos "buenos" del estrato superior – se les conoce públicamente delito alguno – caso del ciego y el buldero – o si se les conoce – caso del mercedario y del Arcipreste – el grupo social en que se mueven lo calla y oculta hipócritamente. Con lo que el criterio discriminatorio entre "buenos" y "malos" pasa de ser locativo a serlo de honra frente a deshonra pública, de delincuencia oculta contra delincuencia públicamente

reconocida; que ciertos personajes – una mayoría abrumadora – sepan de algunos otros – la minoría de los familiares de G. P. – que son delincuentes y abiertamente se les acuse de tales, es, en último término, el criterio que colocará finalmente a unos y a otros a los respectivos lados de la división horizontal, y de ahí que difícilmente podamos encasillar a Zaide entre los así llamados "buenos".

Otro rasgo más, y éste decisivo, confirma esa división horizontal. Paralelamente a su distintiva condición de delincuentes declarados, tanto los padres de G. P. como Zaide tienen aún otra característica diferenciante en común frente a todos los demás; de los primeros sabemos sus nombres: Tome Gonzales, Antona Perez, Zaide; por el contrario, y paralelamente también a su condición oficial de "buenos", a ninguno de los miembros de este estrato – desde el Comendador de la Magdalena hasta el Arcipreste – se les atribuirá tal honor; todos ellos, sin excepción, son anónimos, rasgo éste que, por supuesto, no puede deberse ni al capricho ni al azar. Y así la división que en un principio se ajustaba a un criterio locativo para después obedecer a uno de carácter delictivo, ahora se cristaliza, además y definitivamente, en un formal criterio onomástico; serán los "malos", los estigmatizados por el grupo social, quienes detentarán nombres, mientras que los "buenos", los oficial y exteriormente respetuosos de los valores sociales y morales de la comunidad, aparecerán sin ellos; el nombre individualizador e identificante viene a actuar, así, como semema equivalente a marginado, a perteneciente a una distinta comunidad. El hecho de que a ese autor le hubiera sido más que suficiente el criterio de delincuencia si de justificar su estratificación social se trataba, obliga a preguntarse que es lo que se plantea con ese juego onomástico. Que en ese grupo de "buenos" abunden los trapaceros, hipócritas y adúlteros y que a ninguno de ellos les asigne el autor nombre a diferencia de lo que hace con Tome, Antona y Zaide, aun detentando éstos análogos rasgos culpables, hace suponer que otro criterio ha debido tener en cuenta para esa discriminación onomástica, criterio que creo se puede detectar atendiendo a los presupuestos que propongo para el proceso metamórfico sufrido por G. P.

Este G. P., originariamente de un linaje y una casta distintos, se ha visto forzado por una comunidad, al menos oficialmente de otro linaje y otra casta, a renunciar a los suyos si a esa comunidad ha de tener final acceso; para justificación del ingreso y aceptación final – y como rito ineludible – ha tenido que renunciar al nombre familiar que declaraba esos anteriores linaje y casta, y así ha acabado por constituirse en su fuero interno en sujeto anónimo; recuérdese que todos sus victimarios – sus amos, básicamente – sólo le conocerán por Lázaro y exclusivamente los últimos por el sobrenombre "de Tormes" que le han aplicado. Cuando al final de sus vicisitudes la transformación se ha cumplido plenamente, cuando ya ese G. P. tiene clara conciencia no sólo de ser Lázaro de Tormes para los demás, sino, incluso, de no poder ser ya nunca más el Gonzales Perez original, entonces es cuando definitivamente se asimila e identifica con todos esos demás, con toda esa masiva comunidad de sujetos anónimos; en efecto, con esa identificación final – culminación de su decisión de "arriarse a los buenos" para "ser uno dellos" – la diferencia entre uno y otros se extingue y en cuanto productos finales, tal y como los dejamos al acabar la última línea de la

obra, todos esos protagonistas, uno y otros, participan de una característica común, la de ser anónimos.⁶

Volvamos ahora a las respectivas génesis del uno frente a los otros; al primero, decía, el autor lo crea como el G. P., que acabará con el apodo y la personalidad de Lázaro de Tormes a través del proceso que nos expone; a los otros los crea, *ab initio*, como lo que son sin decirnos cómo han llegado a ser eso que son, pero de ellos – señalaba – hay que suponer un necesario proceso de adaptación requerido para asimilarse al grupo social en el que, desde un principio, los vemos: el de los "buenos". Habida cuenta de que el proceso de G. P. conlleva la adquisición de un anonimato que le asemeja a los otros y que su vida, además, acaba donde ha comenzado la de esos otros, como arriba he dicho, el hecho de que todos esos otros se nos presenten ya como originariamente anónimos, obliga a una lógica conclusión: el proceso de adaptación que hay que sospecharles no parece que deba diferir mucho del mismo que G. P. ha sufrido. Para todos ellos o, al menos, para los más significativos – sus amos –, hay que suponer que en un período anterior de sus vidas han estado, de un modo u otro, al otro lado de la división vertical que de G. P. conocemos, que han tenido unos apellidos concretos y reconocidos que los ligaban e identificaban con linajes y castas ahora olvidados y/o rechazados por su actual condición de anónimos; todos ellos, en fin, y como a G. P. le ha sucedido, para ingresar en la etapa de su vida que nos es conocida han tenido que perder sus nombres para convertirse en esos personajes anónimos que son desde que entramos en contacto con ellos; así, esos anonimatos, y por obra y gracia del autor que se los ha impuesto, podrían verse, por un lado, como inconfesable reminiscencia de la casta a que pertenecieron, y, por otro, como solapada acusación contra la nueva a que han accedido, y aun podría afirmarse que el proceso de indoctrinación y victimización a que todos ellos han sometido a G. P. es, en última instancia, la proyección sublimada de su vengativo resentimiento por haber tenido que sufrirlo ellos antes y del mismo modo. Sea esto como quiera, G. P. resulta ser resumen y paradigma de todos esos personajes en el estrato de los "buenos", ejemplo y resultado singular de una específica coyuntura social que ha afectado a todos por igual; pero mejor será decir – perdón – no a todos, que algunos hay que han escapado de sufrir los efectos de esa coyuntura, si bien pagando por ello el alto precio de la vilificación pública y su correspondiente ostracismo social, que, de un modo u otro, esa comunidad a nadie perdona; es decir, esos tres a los que el autor ha adjudicado nombre: Tome, Antona y Zaide. Que a éstos su autor les haya excluido de esa comunidad de "buenos" y que, simultáneamente, se haya dignado asignarles nombre, es testimonio de que, como digo, el sambenito del anonimato es tanto requisito indispensable para pertenecer a esa comunidad como indirecta consecuencia de lo mismo; pero también de algo más: que cuando los perdamos de vista como marginados sigan con sus nombres nos certifica de que continúan perteneciendo a su antigua comunidad, manteniéndose dentro de sus originales castas; si recordamos ahora que en el plano histórico-social además de la cristiana se dieron las castas mora y judía, se entiende todo lo avieso e intencionado del autor en presentarnos a uno de esos tres marginados, Zaide, como moro, cuando muy bien pudiera no haberlo hecho así, en absoluto; en justa consecuencia, es lícito convenir en que, indirectamente, y

Lázaro de Tormes y los "godos"

por lo mismo, nos propone a los otros dos – los padres de G. P. – como miembros de la casta restante: la judía; casta de la que, claro está, originariamente procedía G. P.

De ser todo esto así y mi interpretación válida, por los "buenos" habrá que entender no ya los ricos, los nobles o los moralmente intachables, sino los cristianos, sean éstos viejos o de nuevo cuño, *id. est*, conversos, o, lo que es lo mismo, y con más sabrosa definición de densa carga socio-histórica: los "godos".

Y con todo ello llegamos al diagrama final:

Decisión Antona	Vida primera		Vida segunda		L. de T.
	Comendador, etc. ANONIMOS	Amos ----- Arcipreste ----- "GODOS"			
	Sociedad apicarada no reconocida públicamente				
	Padres de G. P. Zaide NOMINADOS	G. P. -----			
		Delinquentes reconocidos			
calabazada					

La sociedad presentada en el *Lazarillo* y según como, a mi juicio, la sintió y expuso su autor no está, pues, sustentada en valores morales o nobiliarios, sino en criterios de casta, religiosos en último término, aunque la ironía del autor y la importancia que para él debió revestir tal problemática le hiciera enmascarar ese factor fundamental; ser hipócrita, libertino, incluso delincuente; ser de baja extracción social no era en ningún caso tan denigrante o execrable para esa sociedad como no ser – o no suponérselo ser por ella – cristiano a ultranza y machamartillo, con lo que dado el conocido debate de si la obra es picaresca o no, la oposición sociedad pícara / sociedad no pícara se desplaza en importancia ante otra de más relieve, la de sociedad cristiana – "goda", la del *Amadís* con cuyo comentario he comenzado y muy sobre todo la de su hijo Esplandián –⁷ frente a sociedad judía y/o mora; para ese autor anónimo – tan anónimo, *et pour cause*, como sus personajes – que rasgos picarescos o apicarados puedan descubrirse en su obra es consecuencia accidental que no afecta, últimamente, al meollo de la misma; en toda sociedad hay siempre elementos delictivos y amorales fruto de la diversidad de miembros que la componen, y el autor lo sabía, pero sabía también que, en última instancia, él no se disponía a escribir una obra que denunciara

ese problema, sino otro bastante distinto: el de una casta que subyugó a otras imponiéndoles forzosamente su credo y su ley.

NOTAS

- 1 M. Ferrer-Chivite, "Sustratos conversos en la creación de Lázaro de Tormes," *NRFH*, 23, 2 (1984): 354-79. Las líneas que siguen vienen a ser un como apéndice de ese trabajo.
- 2 F. Lázaro Carreter, "*Lazarillo de Tormes*" en la *picaresca*. Barcelona: Ariel, 1972, p. 72) y M. J. Asensio, "Más sobre el *Lazarillo de Tormes*", *RH*, 28 (1960): 248.
- 3 En la ed. de R. O. Jones, *La vida de Lazarillo de Tormes* (Manchester: MUP, 1963) que uso para mis citas, pueden verse las cinco en p. 10 (1.201-8), p. 19 (2.100-2), p. 33 (3.202-4), p. 36 (3.323-5) y p. 53 (7.19-23) y comentadas en mi art. de n. 1 donde por error aparecen unas innecesarias "p." y "pp." delante de mis citas de las correspondientes líneas.
- 4 Ese proceso de adaptación lo he estudiado ya en M. Ferrer-Chivite, "Proceso psíquico de interiorización dialéctica de Lázaro," en *Teorías semiológicas aplicadas a textos españoles. Actas del primer Symposium Intem. del Dpto. de Español de la Univ. de Groningen*, ed. de J. L. Alonso Hernández (Groningen, 1980: 135-59).
- 5 H. Sieber, *Language and Society in "La vida de Lazarillo de Tormes"* (Baltimore y Londres: The John Hopkins Univ., 1978: 3).
- 6 Condición de anónimo que expuse en otro trabajo; cfr. M. Ferrer-Chivite, "Lázaro de Tormes, personaje anónimo", *CH*, 6 (1980): 235-38.
- 7 Iluminadoras y sabrosas reflexiones en esta línea son las de A. van Beysterveldt, *Amadís-Esplandián-Calisto: Historia de un linaje adulterado* (Madrid: Porrúa Turanzas, 1982, en especial pp. 103-22 y su resumen en pp. 215-37).